

SERMON

DEL NACIMIENTO DE JESU-CHRISTO.

Et subito facta est cum Angelo multitudo militiæ cœlestis, laudantium Deum, & dicentium: Gloria in altissimis Deo, & in terra pax hominibus.

En el mismo instante en que el Angel anunció á los Pastores el nacimiento de Jesu-Christo, se juntó con él un escuadrón de la milicia celestial, y empezó á alabar á Dios, diciendo: Gloria á Dios en lo mas alto del Cielo, y paz á los hombres en la tierra. S. Luc. cap. 2. v. 13. & 14.

ESEÑOR. Estos son en dos palabras los frutos del nacimiento del Salvador: la gloria para Dios, y la paz para los hombres: la gloria para Dios á quien se le debe de justicia; y la paz para los hombres, á los cuales Dios se la concede de gracia. La gloria para Dios que la posee como bien propio; y la paz para los hombres que la desean como el mas digno objeto de sus ansias. La gloria para Dios que solo la merece, porque él solo es grande por sí mismo; y la paz para los hombres que deben ponerse en estado de adquirirla, hasta sacrificarlo todo por poseerla. Esta es (dice San Bernardo) la mas justa particion, y aun la mas favorable que hubo jamás para los hombres.

No obstante (añade este Padre) hay hombres en el mun-

mundo, que con dificultad llegan á tomarla el gusto; y de esta especie son el ambicioso, y el soberbio. A la verdad, esta particion que hacen los Angeles, aunque á su favor, no es del gusto del ambicioso y del soberbio: *Non placet ei Angelica distributio dans gloriam Deo, & pacem hominibus.* Es decir, que ciego de un deseo injusto de elevarse sobre los demás, no se contenta con la paz, sino que pretende tambien alzarse con la gloria. Y aunque Dios ha declarado tan al descubierto en la Escritura que no dará su gloria á otro: *Gloriam meam alteri non dabo;* (a) es tan osado, que se atreve á responderle á Dios en su corazon: Pues sin esperar que me la deis, yo me alzaré con ella y me la tomaré: *Et ego, inquit superbus, etsi mihi illam non dederis, usurpabo.*

Tengamos, amados oyentes míos, horror á este modo de pensar. Reconociendo mejor nuestros verdaderos intereses, atengámonos á la particion que en el Evangelio se nos ofrece. Nos está demasadamente bien, para que nos quede lugar de aspirar á otra. Digámosle á Dios como David: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.* (b) No nos deis, Señor, la gloria á nosotros, porque no nos toca. Reservadla toda entera para Vos, porque toda es vuestra y de vuestro santo nombre. Mas dadnos esta paz provechosa, de la qual nos dan los Angeles esperanzas, y nos la viene á traer vuestro mismo Hijo Jesu-Christo. Hablando así, hablaremos como Christianos. Así tambien siendo para nosotros segun el designio de Dios un misterio de paz el misterio augustísimo que celebramos, considerémosle solamente debaxo de esta idea. Elevemos á ella todas nuestras atenciones, y apliquemos toda el alma á la doctrina que el nacimiento de un Dios hecho hombre nos dá sobre este punto importante. Pero cumplámonos primero con lo que debemos á la Virgen mas pura; á aquella Virgen incomparable, que con portento nunca oído quedando siempre Virgen vino á ser

Ma-

(a) Isai. 42. v. 8. (b) Psalms. 113. v. 9.

Madre de su Dios, y démosla con la Iglesia el parabien de esta gloriosa maternidad, que fue el origen de nuestro remedio. AVE MARIA.

Un niño que nos ha nacido, decía Isafas hablando con espíritu de Profeta, y anunciando anticipadamente lo que había de suceder en la plenitud de los tiempos: *Parvulus natus est nobis*. Y este niño, añadía, se llamará el admirable, el Dios fuerte, el Padre del siglo venidero; mas sobre todo el Príncipe de la paz: *Et vocabitur admirabilis, Deus fortis, Pater futuri sæculi, Princeps pacis*. (a) Y en este día vemos cumplido este oráculo á la letra. Este es el día en que el niño Jesus verificó en su persona esta prediccion que solo á él le podia convenir, y desde su cuna dió á conocer que era él con soberanía y por excelencia el Príncipe de la paz: *Princeps pacis*. ¿Cómo fue esto? Porque en el mysterio de este día empezó á hacer el officio de mediador y árbitro de la paz; porque se manifestó en el mundo para establecer en él los verdaderos principios de la paz; porque se sirvió del ministerio de los Espíritus celestiales para anunciar el Evangelio de la paz á sus escogidos; porque segun dixo el Apostol, fue la paz el termino dichoso, y el fin principal de su venida: *Veniens evangelizabit pacem*. (b)

Como nacia para hacer reynar la paz (atended á este pensamiento de San Juan Chrysóstomo, que dará luz á mi asunto) como nacia para hacer reynar la paz, todo habia de concurrir para su designio, y en efecto todo concurrió con singular providencia. Por esto quiso nacer este niño divino en el Reynado de Augusto, que fue el mas pacifico de todos, hallándose con una especie de milagro todo el universo, es decir, todo el Imperio Romano, en una profunda paz, para confirmar con esta circunstancia lo que estaba escrito del Mesias, que naceria con él la abundancia de la paz: *Orietur in diebus ejus justitia, & abundantia pacis*. (c)

Mas

(a) Isai. 9. v. 6. (b) Ephes. 2. v. 17. (c) Psal. 71. v. 7.

Mas sobre todo, Christianos: esta paz exterior y temporal que gozaba el mundo entonces, servia de disponerle para otra paz mucho mas ventajosa y santa que el Hijo unigenito de Dios nos trafa desde el Cielo: y ahora entro en lo profundo de este misterio, y os pido que entreis conmigo en él. Me explico: mantener la paz de las naciones, apagar el fuego de las guerras y de las disensiones que las consumen, pacificar los Reynos y los Estados, era á la verdad obra de esta providencia general que preside en el gobierno del mundo. Pero restablecer la paz entre Dios y el hombre, enseñar al hombre el secreto de conservar la paz consigo mismo, dar al hombre medios seguros é infalibles para vivir con el próximo en una paz perpetua, este era y habia de ser el efecto particular y milagroso de la sabiduria de un Dios encarnado, quiero decir, del nacimiento de Jesu-Christo y de su venida al mundo.

El es, pues, amados oyentes míos, quien con su santo nacimiento, y con todas las circunstancias que le acompañan nos solicita en este día la paz con Dios, la paz con nosotros mismos, y la paz con nuestros hermanos. La paz con Dios, con la penitencia que hace por nosotros en el establo de Belén: esta es la primera parte. La paz con nosotros mismos, con la humildad, y con el despego de todos los bienes de la tierra, que nos predica tan claramente escogiendo un pesebre por su cuna; esta es la segunda parte. La paz con nuestros hermanos, con la mansedumbre, ó por mejor decir, con el amor tierno con que él mismo al nacer es una leccion viva y eficaz, y de que él mismo es el modelo mas cabal: esta será la conclusion: *Veniens evangelizabit pacem*. Nos anunció la paz viniendo al mundo; ¿pero con quién? Lo vuelvo á decir: con Dios, haciendo víctima nuestra para reparar cumplidamente el pecado: con nosotros mismos, destruyendo los dos principios de nuestras inquietudes interiores, que son la soberbia y la codicia: con nuestros hermanos, ablandando la dureza que tan natural nos es, ó á lo menos tan ordinaria para con ellos, é inspirándonos la benignidad con su exemplo. Sí, desde su entrada en el mundo fue el Evangelio.

Y

ge-

gelista y el Predicador de esta triplicada paz tan deseable y tan necesaria para nosotros: de la paz con Dios enseñándonos á aplacar á Dios: de la paz con nosotros mismos enseñándonos á ser humildes y pobres de corazon: de la paz con el próximo enseñándonos á ser apacibles y humanos: este es todo el asunto y la division de este discurso. Pidoos que me concedais una atencion favorable.

I. PARTE.

Es máxima indubitable de fé, en que conviene todo el mundo, que como pecadores eramos hijos de ira, y como tales no solamente enemigos de Dios, sino incapaces por nosotros mismos de reconciliarnos con él. Tenemos pues necesidad de un mediador, que viniendo al mundo con poder legítimo, negociase y concluyese esa importante reconciliacion entre Dios y nosotros; es decir, que tenemos necesidad de un mediador, que zeloso de nuestros intereses, y tomando á su cargo los de Dios, concordase al hombre y á Dios en su persona: un mediador en quien hallase Dios el lleno de la satisfaccion que se le debia, y en quien hallase el hombre el lleno del perdón y de la misericordia de que tenia necesidad: un mediador que uniendo estas dos cosas en sí, pacificase (como dice San Pablo) el Cielo y la tierra, y á costa suya nos restituiese á la divina gracia sin perjuicio de los intereses de Dios. Y ved aquí lo que la fé nos descubre, y se cumplió felizmente en el misterio de este día. Porque ¿qué es lo que vemos en Belen? poneos bien en esta verdad sobre la qual se mueve toda nuestra Religión. Vemos allí en la persona de un niño Dios la misericordia de Dios encarnada y humanada; y al mismo tiempo por el mas asombroso milagro la justicia de Dios rigurosamente satisfecha, y autenticamente vengada. La misericordia de Dios y su justicia, dos atributos cuya union perfecta habia de producir la paz entre Dios y el hombre; mas no podian estar tan unidos como lo estuvieron; sino en el Verbo hecho hombre. Oídme y quedaréis convencidos de esta verdad. 12

Vemos en este niño la misericordia de Dios encarnada y humanada; esto es lo que desde luego se nos viene á los ojos en su adorable nacimiento, cuyo misterio comprehende San Pablo en una palabra quando dice, que en esa ocasion se manifestó la primera vez la gracia del Dios Salvador, y que la gracia de este Dios Salvador que era antes impenetrable é incomprehensible, se hizo sensible y palpable: *Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri.* (a) Reparad hermanos míos: (dice el Chrysóstomo explicando este lugar del Apostol) habia siglos enteros que Dios aunque ofendido, cansado de estar en guerra con los hombres, pensaba en hacer con ellos un tratado de paz, para el qual habia reservado todos los tesoros de su misericordia y de su gracia. Habia siglos enteros que este Dios de la gloria les decia á los hombres por un Profeta suyo: *Ego cogito super vos cogitationes pacis & non afflictionis.* (b) Tengo sobre vosotros pensamientos de paz, y no de indignacion y venganza. Mas estos pensamientos de paz, añade San Juan Chrysóstomo, todos estaban entonces encerrados dentro del corazon de Dios: eran pensamientos, consideraciones, designios, que no saliendo fuera de Dios, no se executaban. Dios estaba lleno de estos pensamientos; mas no habia venido el tiempo de manifestarlos y sacarlos á luz. Como Dios de misericordia tenia pensamientos de paz; y no obstante no se veían universalmente sino efectos de su justicia mas rigurosa. En este día estos pensamientos de paz tantos siglos antes suspensos y escondidos en el seno de Dios, empiezan á manifestarse á los hombres. ¿Por qué? Porque se dexa ver Jesu-Christo Dios y hombre; es decir, la misma gracia y la misma misericordia: *Apparuit gratia Dei.* Yá no son pensamientos, sino obras primorosas consumadas, milagros, prodigios de paz: y Dios no dice yá puramente, yo pienso, yo medito: *Ego cogito*; sino yo cumplo, yo executo lo que habia prometido á los pecadores. Así nos lo dió á entender, 13

(a) Tit. 2. v. 11. (b) Jerem. 29. 11. v. 10. mis. (a)

quando manifestó en el misterio que celebra la Iglesia en este día á su Verbo vestido de nuestra carne, y dió al mundo un Redentor.

Y enviando este Redentor al mundo ¿no olvidó Dios sus intereses propios? Escogiendo un medio tan extraordinario y asombroso para sacar á luz aquellos pensamientos de paz que habia concebido eternamente, ¿no hizo con nosotros una paz, en que atendió poco á sus intereses y á su honra? Ah! Christianos, de esto no podemos bastantemente admirarnos; y ahora es razon que alumbrados, como lo estamos de las luces de la fé, protestemos el respeto que debemos á la sabiduría de Dios. No (prosi-gue San Juan Chrysóstomo) escogiendo Dios este medio no olvidó lo que á sí mismo se debía; y la prueba de esto es evidente. Porque al mismo tiempo que veo en el divi-no infante que acaba de nacer la misericordia de Dios encarnada y humanada, veo en la misma persona de este niño vengada plenamente la justicia de Dios. Al mismo tiempo que veo la gracia y el perdón del pecado ofrecidos al hombre, veo en él una víctima de propiciación ofrecida á Dios en satisfaccion del pecado. Como el pe-cado es la única causa de la guerra que hace entre Dios y nosotros una division tan fatal, veo en el pesebre un Sal-vador sacrificado como hostia viva para destruir el pe-cado que nos apartó de Dios. Como la penitencia es el arti-culo principal, y el más esencial de nuestra paz con Dios,

veo en el pesebre un hombre Dios, que empieza á hacer penitencia por nosotros, y nos enseña que debemos hacerla nosotros mismos. *Exibebat se propter nos peccatores*. Estires aquel misterio adorable de paz que intentó darnos á conocer David quando dixo: *Misericordia, & veritas obviaverunt sibi.* (a) La misericordia y la verdad (quiere decir en sentido literal del Salmo, la misericordia y la justicia) se encontraron; ¿ y dónde se encontra-ron, preguntaba San Bernardo? En el estable en que na-

(a) Psalm. 84. v. 11. *quæ misericordia & veritas obviaverunt sibi.* (E)

ció Jesu-Christo; digamoslo mejor, en Jesu-Christo. Has-ta entonces habian caminado por sendas del todo diferen-tes y contrarias, y nada habia mas distante de la misericor-dia que la justicia. Mas en este día se acercan, y la una sa-le felizmente á encontrarse con la otra: *Obviaverunt sibi.* Hasta entonces la una habia parecido absolutamente con-traria de la otra: porque era propio de la justicia el casti-gar, y el perdonar propio de la misericordia. Aquí el per-dón y el castigo se juntan á un mismo tiempo: el castigo que sufre el inocente, los trabajos de Jesu-Christo en el pesebre merecen el perdón á los hombres; y no se funda el perdón que alcanzan los pecadores, segun los decretos eternos de Dios, sino ea los trabajos de Jesu-Christo, y en el castigo que el inocente sufre, y á que de su volun-tad se sujeta. De aquí se sigue lo que dice luego el texto sagrado en otra expresion mas viva aún, que la justicia y la paz se besaron como dos hermanas: *Justitia, & pax oscula-tæ sunt.* (a) Palabras que el mismo San Bernardo aplica-ba, y con razon, al nacimiento de Jesu Christo; pues es cierto que el fundamento de nuestra paz con Dios fue esta justicia vindicativa, que usando Dios de todos sus de-rechos executó contra el pecado, entregando su Hijo por nosotros. ¿Pues no empezó á entregarle desde hoy? ¿Y podía entregarle de un modo mas manifestado, que haciéndole nacer en el estado en que nos le representa el pe-sebre?

¿Cuál es pues la idea natural que debemos tener de este misterio? Ved la que tuvo el Apostol, y los mismos términos con que la explicaba: *Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi.* (b) Jesu-Christo estaba en el pesebre; y Dios estaba en Jesu-Christo reconciliando consigo el mundo. Pensamiento sublime, digno de San Pablo, y que pedía un discurso entero para desenvolver lo que en él se encierra. Dios estaba en Jesu-Christo reconciliando al mundo consigo, y reconciliándose á sí mismo con el mundo,

(a) Ibid. (b) Corinth. 5. v. 19. *Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi.* (E)

Es decir, Dios estaba en Jesu-Christo recibiendo las satisfacciones que Jesu-Christo le ofrecía por todos los delitos del mundo, y olvidando, perdonando, borrando, destruyendo todos los delitos del mundo en atención á estas satisfacciones que recibía de Jesu-Christo. Meditemos estas palabras: *Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi*. Jesu-Christo estaba en el pesebre ofreciendo á Dios como Sumo Sacerdote de la ley de gracia, el sacrificio de su humildad santa; y Dios estaba en Jesu-Christo aceptando este sacrificio en satisfaccion de todas las maldades, blasfemias, sacrilegios, escándalos y profanidades que se habian de cometer en el mundo con injuria del nombre Christiano: *Deus erat in Christo*. Jesu-Christo estaba en el pesebre abatido y anonadado: y Dios estaba en Jesu-Christo satisfaciéndose con eso de los atentados que la soberbia de los hombres habia formado, ó habia de formar contra su gloria, de todas las injusticias y desórdenes que su ambicion desmedida, su vanidad extravagante, y su envidia maliciosa habian de producir en el mundo: *Deus erat in Christo*. Jesu-Christo estaba en el pesebre tributando á su Padre los primeros obsequios de aquella obediencia sin término que en breve se habia de estender hasta la muerte y muerte de Cruz; y Dios estaba en Jesu-Christo vengando de ese modo, pero manifestamente, de todos los desprecios que habian de hacer los hombres de su ley, de quanto la repugnancia de la sujecion, la insolencia de una vida desenfadada, y la presuncion de un espíritu relajado les habia de inspirar contra sus preceptos, y en perjuicio del rendimiento debido á su grandeza: *Deus erat in Christo*. Jesu-Christo estaba en el pesebre sacrificando su cuerpo virginal en las miserias de una pobreza suma; y Dios estaba en Jesu-Christo haciéndose á sí mismo justicia por ese medio de quantos desórdenes y estrago de las costumbres, la sensualidad y la delicadeza, el exceso en el fausto, el amor del deleyte, y el abuso de las conveniencias y delicias de la vida habian de originar: quiero decir, de todas aquellas liviandades, de todos aquellos vicios abominables que prohibe San Pablo que se nombren, de todos

dos aquellos monstruos de pecados que infaman al hombre y le degradan hasta abatirle á la condicion de los brutos: *Deus erat in Christo*. En una palabra, Jesu-Christo estaba en la cuna haciendo penitencia por nosotros; y Dios estaba en Jesu-Christo complaciéndose en esta penitencia, pero proponiendonosla al mismo tiempo por modelo, como si nos dixera á todos: mirad y executad lo que veis: *Inspice, & fac secundum exemplar.* (a)

Este es el modo con qué Dios estaba en Jesu-Christo reconciliándonos consigo, y con un efecto reciproco de su amor reconciliándose con nosotros: *Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi*. Porque por mas irritado que le tenia la gravedad de nuestras ofensas, ¿cómo hubiera podido, dice San Bernardo, dexar de ablandarse con la penitencia de este Hijo, imán de sus cariños, de quien podia decir desde luego lo que habia de publicar solemnemente despues: *Hic est filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui?* (b) ¿De este Hijo, que aunque nacia con la apariencia de pecador, era no solamente el Santo de los Santos, sino aun la misma santidad? ¿De este Hijo que aunque anonadado en un pesebre era tan poderoso como él, igual con él, y sin usurpar nada, Dios como él? ¿Cómo (digo otra vez) hubiera podido dexar de aceptar esta penitencia de un Dios, y cómo, satisfecho con la penitencia de un Dios, pudiera desechar la nuestra?

Este es desde luego, amados oyentes míos, el fruto precioso del nacimiento de un Dios Salvador: nuestra paz con Dios por medio de la penitencia. Mas por otro lado no nos engañemos en este punto; y para que desentrañemos esta verdad por la parte que mira á nosotros, quando digo *por medio de la penitencia*, entiendo una penitencia sincera, sólida, eficaz; una penitencia fervorosa, exacta, interior: porque esta sola tiene eficacia para reconciliarnos con Dios y pacificar delante de Dios nuestras conciencias; y ella sola se conforma con la penitencia del hombre Dios.

Una

(a) Exod. 25. v. 40. (b) Matth. 17. v. 5. 2. 2001. (c)

Una penitencia imperfecta, tibia, enfermiza; una penitencia floxa, en que el pecador se atiende á sí mismo, se engaña, y se perdona; una penitencia acomodada, y que se intenta componer con todas las dulzuras de la vida; una penitencia que no crucifica la carne, ni humilla el espíritu; una penitencia estéril y sin obras, es una penitencia vana, que está tan lejos de aplacar á Dios, que le ultraja; tan lejos de sosegar vuestras conciencias, que las despedaza con mil remordimientos; tan lejos de hacer cesar sus inquietudes, que ella misma causa las reprehensiones interiores mas penetrantes y los sustos mas crueles. Nos es necesaria, dice San Juan Chrysóstomo, una penitencia que se pueda unir con la de Jesu-Christo, una penitencia que pueda ser complemento de la de Jesu-Christo, una penitencia con que pueda creer y quedar seguro el pecador, de que cumple, como dice el Apostol, lo que falta á lo que padeció Jesu-Christo; pues para esto es preciso que tenga todas las calidades que acabo de indicar, sinceridad, solidez, entereza, severidad: y que de este modo participe todas las calidades de la penitencia de Jesu-Christo.

Si la vuestra ha sido así, y habeis tenido la dicha de llegar á los misterios sagrados con el espíritu de esta penitencia verdadera; esto es, amados oyentes míos, lo que el día de hoy ha de servir de consuelo, y de lo que yo os debo dar el parabien. Estais en paz con Dios: habeis hallado gracia delante de Dios; Dios ha ratificado en el Cielo la sentencia de absolucion que el Ministró de su Sacramento ha pronunciado á vuestro favor en la tierra. Se os ha dicho como el paralytico del Evangelio; andad, no pequeis en adelante: *Ecce sanus factus es, jam noli peccare.* (a) Vivid tambien sin susto de todo lo pasado; y á estais perdonados; ¡Feliz estado! ¡Estado digno de ser preferido á todas las fortunas del mundo! Yo estoy en paz con Dios. Dios era mi enemigo, y yo era enemigo de Dios: mas al fin y á Dios está reconciliado conmigo, y yo

(a) Joan. 5. v. 14.

estoy reconciliado con Dios. Esta es la paz de Dios que el Espíritu Santo compara á un convite espléndido, á un convite delicioso: tanto llena el alma de abundancia de dulzuras y consuelos. Paz de Dios que debe desear sumamente el pecador, pues por ella recobra para con Dios todos los derechos de la inocencia y de la justicia.

Pero si con todo esto, amado oyente mio, sois tan infeliz, que la penitencia que habeis hecho ha sido defectuosa, y no obstante vuestra penitencia, vivis aún en la infelicidad del pecado, escuchad lo que os anuncio; y por infeliz que seais, lo que os anuncio debe infundiros una humilde y generosa confianza: *Convertere ad Dominum Deum tuum.* Convertios á vuestro Dios. Haced penitencia, y al hacerla conformad vuestra penitencia con la penitencia del niño Jesus; unid vuestra penitencia con la penitencia del niño Jesus. Penetrado vuestro corazon de lo que le costaron vuestros pecados, doleos de ellos como él, lloradlos como él, juntad vuestras lágrimas con las suyas, y vuestro dolor con el suyo, y yo os aseguro de parte de Dios una reconciliacion pronta y perfecta. Esta es la gracia que os está ofrecida; ¿Sereis tan ciegos, tan sin seso, tan perdidos que la rehuseis? Pero además de la paz con Dios que recuperamos, nos enseña tambien el misterio del nacimiento de Jesu-Christo á conservar la paz con nosotros mismos, y este el asunto de la segunda parte.

II. PARTE.

Estaba reducido el hombre al lamentable estado de una guerra continua consigo mismo, y no poder darse á sí mismo la paz; y en el horroroso desorden en que habia caído por el pecado no necesitaba menos de un mediador para que le reconciliase consigo mismo, que para que le reconciliase con Dios; cosa que parece bien estraña. Pues de eso saco por conclusion, que Jesu-Christo es tambien: por esa razon misma el Príncipe y el Dios de la paz: *Princeps pacis*; pues en el misterio de su nacimiento nos enseña, ya con los exemplos que nos dá, ya con las lecciones con que nos instruye, el secreto inestimable de mantener la

paz con nosotros mismos: secreto que nos interesa mucho el descubrirle, y nos importa el saberle; pero solo un Dios naciendo nos le podia manifestar.

En efecto, hasta entonces los hombres habian ignorado esta arte del todo divina: engañados y ciegos por el Dios del siglo estaban persuadidos falsamente á que el medio mas seguro de hallar la paz del corazon era satisfacer sus deseos, contentar su ambicion, hartar su codicia, y á este fin buscar el medio de ser honrados, sobresalir en el mundo, enriquecerse, vivir con abundancia, adelantarse, elevarse, y engrandecerse. Así lo habia juzgado, y lo juzgaba aún tanto número de mundanos. Pues discurriendo de esta suerte, no solamente (dice la Escritura) se habian engañado, sino que al engañarse se habian hecho infelices: *Contritio, & infelicitas in viis eorum* (a). Porque discurriendo de esa suerte no conocieron el camino de la paz: *Et viam pacis non cognoverunt* (b). En lugar de la quietud interior y de la tranquilidad que se prometian en su opulencia y en su elevacion, no hallaban sino inquietud, pesadumbre, y afliccion de espíritu: *Contritio, & infelicitas*. Tal era la suerte de los seguidores del mundo, y pluguiera á el Cielo, amados oyentes míos, que no fuera tal el día de hoy la vuestra.

¿Qué hizo Jesu-Christo? Vino á enseñarnos el camino de la paz que buscábamos, y no conocíamos nosotros. El mismo, que se llamó en el Evangelio camino: *Ego sum via* (c), vino á servirnos de guía, y mostrarnos la vereda por donde podemos infaliblemente llegar al término de esta paz feliz. El mismo que se llamó, y que con efecto es la verdad: *Ego sum veritas* (d), vino á desengañarnos de los errores groseros, de que nos habíamos dexado preocupar respecto de esta paz. El mismo que es la vida: *Ego sum vita* (e), vino á hacer que tomásemos el gusto á aquello que solamente podia ponernos en posesion de esta paz.

¿Có-

(a) Psalm. 13. v. 3. (b) Ibid. (c) Joan. 14. v. 6.

(d) Ibid. (e) Ibid.

¿Cómo hizo todo esto? Descubriéndonos en este día las dos fuentes verdaderas de la paz con nosotros mismos; conviene á saber, la humildad de corazon, y la pobreza de espíritu: y destruyendo con este mismo misterio los dos principales estorbos de esta paz tan deseada, aunque tan poco comun, que son de una parte nuestra soberbia, y de otra nuestro asimiento á los bienes de la tierra: *Veniens evangelizavit pacem*. No perdais un punto de una doctrina tan sólida y tan útil.

Si; este es el misterio en que un Dios hombre al nacer entre los hombres nos predica claramente con su exemplo lo que habia de establecer despues por fundamento de toda su doctrina: *Discite à me quia mitis sum, & humilis corde, & inveniatis requiem animabus vestris* (a). Aprended de mí que soy humilde de corazon, y tened por cierto que por ese camino hallareis la quietud de vuestras almas. Oráculo, dice San Agustin, de que habia de depender no solamente nuestra santidad, sino la felicidad de nuestra vida. Porque es evidente, hermanos míos, que lo que nos estorba para hallar esta quietud de nuestras almas tan apreciable, sin la qual los demás bienes de la vida nos son inútiles, es la secreta oposicion que tenemos con la humildad Christiana. Reconozcamosla con dolor, y lloremosla en la presencia de Dios. Lo que nos hace perder tantas veces la paz del corazon, y nos hace imposible el conservarla, es la soberbia que nos hincha: esta soberbia que nos hace creer en tantas ocasiones, que no se hace con nosotros lo que es debido, que no se nos guardan todas las atenciones, que no nos estiman como merecemos. Porque de ahí nacen las melancolías y las tristezas, los desconsuelos y las desesperaciones, las amarguras y los ímpetus: las tristezas, al ver que nos tratan mal; las desesperaciones, quando nos creemos despreciados; los ímpetus, quando imaginamos que nos desprecian, y nos ultrajan: com-

Z 2

pla-

(a) Matth. 11. v. 29.

placiéndose Dios, dice San Juan Chrysóstomo, en castigar nuestra soberbia con nuestra soberbia misma, y sirviéndose de nuestro amor propio para hacernos padecer, quando por ser excesivamente delicados y sensibles no queremos padecer nada. Si fuéramos humildes de corazon, estuvieramos libres de todas estas molestias. Enmedio de las contradicciones y de las adversidades, la humildad nos tuviera tranquilos. Aunque nos pudieran hacer, y nos hicieran qualquier injusticia, la humildad nos consolára, nos diera constancia; calmaria estas borrascas, reprimiria estos movimientos desordenados que trastornan un alma, si es licito explicarme así, y causan en ella alteraciones tan furiosas.

¡Ah! Christianos, meditemos bien este importante punto, y preguntémosnos á nosotros mismos la razon de turbarnos tan facilmente. ¿Por qué á la mas leve sospecha de un desprecio, las mas veces imaginario, nos sentimos tan vivamente? ¿Por qué con la noticia de una palabra dicha contra nosotros por imprudencia ó ligereza, nos afligimos, nos asustamos, nos irritamos? *Quare tristis es anima mea, & quare conturbas me* (a)? Esta es la pregunta que el Real Profeta se hacia ó sí mismo, y qualquier soberbio se puede hacer cada hora con mucha mas razon que él. ¿Por qué estais triste, alma pia, y de dónde nace esta inquietud que me causais? No hallaremos otra razon sino este fondo de soberbia con que nacimos, y estamos tan lejos de aplicarnos á destruir, que le hemos fomentado continuamente. Esto es, hombres del siglo, lo que os hace incapaces de experimentar esta paz, que por vuestra misma confesion es despues de la salvacion el sumo bien que podeis apetecer. La deseais sobre todo quanto hay, pues no deseais lo demás sino por llegar á conseguirla; no obstante no la conseguis jamás. No os quejeis sino de vosotros mismos, de la ambicion que os posee, y á que os habeis sujetado, de

(a) Psalm. 41. v. 12.

la ambicion que á pesar de tantos beneficios de que os ha colmado Dios en la vida, os estorba estar jamás contentos con lo que sois, y os incita á querer siempre ser lo que no sois; de la ambicion, que con la ingratitud mas monstruosa á la providencia, os hace tener en nada quanto poseeis, y aspirar siempre á lo que no teneis, hasta fatigaros por ese fin sin cesar, hasta crucificaros á vosotros mismos; de la ambicion que hace nacer en vuestro corazon tan viles y vergonzosas envidias, que de las prosperidades ajenas os fabrica tan amargos motivos de dolor; que os precipita en ímpetus tan violentos, quando hallais oposicion á vuestros designios; que os inspira odios tan mortales, quando hallais estorbo á vuestros intentos. Lo vuelvo á decir, y no puedo hacer que se os imprima en el alma con demasiada viveza; ella es donde reside el daño, ella es el origen y la raiz.

Si de una vez renunciárais esta passion; si con una christiana y cuerda moderacion supierais manteneros en el lugar en que Dios os ha colocado; si con una especie de justicia que no os hacéis, y que es preciso que os hagais, reconocierais lo mucho que Dios ha hecho por vosotros, poseyerais este tesoro de la paz que inútilmente habeis buscado hasta aquí, porque no le habeis buscado donde está. Es decir, desde entonces agradeceriais á Dios la suerte que teneis, sin envidiar la de los otros. Desde entonces con rendimiento á Dios no pensarais sino en santificaros en vuestro estado, sin estar corriendo eternamente en seguimiento de un fantasma que os imaginais como una cumplida felicidad; pero su chymérica esperanza solo os sirve de tormento. Desde entonces, contentos con vuestra fortuna, gozariais apaciblemente de ella, y dariais gracias por ella. Desde entonces, cargados con los cuidados de vuestras familias, despues de haber hecho como Christianos todo lo que está de vuestra parte para atender á ellos; descansarais en aquella amable providencia, en cuyo seno (como dice el Apostol) debemos arrojar todas nuestras inquietudes; fiando, y pudiendo fiarnos con seguridad, que no nos faltará si nosotros somos fieles á ella: *Omnes sollicitudines*

vestram projicientes in eum (a). Desde entonces, libres de la servidumbre y de la esclavitud del mundo, lo esperareis todo de Dios; solo en Dios estrivareis, y en él solo pondreis vuestra confianza; entrareis en la santa y dichosa libertad de los hijos de Dios: todos los nublados se desvanecerán, calmarán las tempestades, y un instante de esta paz secreta que vuestra soberbia ha alterado tantas veces os desquitará de las conveniencias falsas á que ella miraba, y de las pretensiones inútiles que os exponian á tan enfadosos rebeses y á tan furiosos combates.

Esta es la razon, porque hoy os dice Jesu-Christo: Aprended de mí que soy humilde de corazon: *Discite à me, quia mitis sum, & humilis corde*. Y no tengamos esta humildad por falta de poder, porque aquí está la fortaleza de los fuertes, aquí está la fortaleza de los sábios, la fortaleza de las almas, la fortaleza de los prudentes, y sobre todo la fortaleza de los escogidos de Dios. Aprendedla (oid constantemente á vuestro Maestro) y aprendedla de mí, pues solo de mí la podeis aprender, y no ha llegado la Filosofía á poder dar esta enseñanza. Aprendedla de mí, que no vine sino para daros lecciones de ella, y para poderos mejor persuadir esta virtud, me humillé, y me anonadé á mi mismo. Es decir: Aprended de mí, que son dos cosas incompatibles la paz y la soberbia; que vuestro corazon, por mas que hagais, y por mas que el mundo haga por vosotros, no estará jamás contento, mientras la vanidad, la ambicion y el amor de la gloria reynáren en él: por consiguiente, que para hallar en la tierra el centro y el punto fijo de la felicidad humana, que para poseer esta paz del alma, que por excelencia es el dón de Dios, es necesario ser humilde, y ser humilde sinceramente, ser humilde solidamente: *Discite à me, quia mitis sum, & humilis corde, & invenietis requiem animabus vestris*.

Esto es hermanos míos, dice San Bernardo, lo que la sabiduría de Dios encarnada quiso declararnos en este au-

(a) I. Petr. 5. v. 7. *illo & scien sonos evictos in aeternis*

gusto misterio. Porque somos de carne, y como tales estamos acostumbrados á no comprender sino lo que es conforme á la carne, el Verbo de Dios se dignó de hacerse carne, para venir á enseñarnos claramente, y por decirlo con las palabras de este Padre, carnalmente, que la humildad es el único camino que conduce á aquella quietud de corazon tan provechosa, y absolutamente necesaria para nuestra santificacion. Quando no fuera, concluye San Bernardo, sino por nosotros mismos, seamos este dia dóciles á la doctrina de este Salvador, y escuchemos á este Verbo divino por lo menos en el estado de su carne: *Quia nihil præter carnem audire poteras, ecce Verbum caro factum est, audias illud vel in carne*. Pero no es esto todo.

Nos dá, Christianos, otra segunda leccion no menos importante. Porque ¿quál es la otra fuente de estas luchas interiores, y de estas guerras intestinas que tan cruelmente nos despedazan? Convenid conmigo en esto: es la codicia, el ánsia de tener, un infeliz y detestable asimiento á los bienes de la tierra. Vosotros buscais en ellos las dulzuras de la vida; pero el sumo deseo de ellas que os abraza las convierte en tormento de vuestra vida. A la verdad ¿qué cuidados no os instan para adquirirlos? ¿qué fatigas para conservarlos? ¿qué sustos al menor peligro de perderlos? ¿qué deseos tan insaciables de aumentarlos? ¿qué enfados por no tener los bastantes para satisfacer á vuestras necesidades imaginadas, ó á vuestros gustos superfluos? ¿qué dolor, qué congoja, qué caimiento de ánimo, quando á vuestro despecho se os huyen entre las manos, y os los arrebatan un accidente no prevenido? ¿qué confusion la de venir por ese camino á caer, no solamente en la pobreza sino en la humillacion? ¿qué despechos de lo pasado? ¿qué sustos de lo presente? ¿qué inquietudes de lo por venir, enmedio de tantos riesgos inevitables en el comercio del mundo, enmedio de tantas revoluciones y desgracias, de las quales sois testigos, y todos los dias estais expuestos á ellas?

El remedio es un despego Evangélico. Dadme un hermano pobre de corazon, y nada habrá que pueda inquietarles

es decir: dadme un hombre verdaderamente despegado de los bienes sensibles, y en qualquiera prueba á que Dios quiera ponerle ó en la adversidad ó en la prosperidad, en la pobreza ó en la abundancia, gozará de una paz profunda. Usando de los bienes como si no usára de ellos, y poseyéndolos segun lo enseña San Pablo, como si no los poseyera, prevenido para todo lo que puede suceder, estará tranquilo como Job, é inmóvil enemigo de las calamidades del mundo, se mantendrá con aquel gran pensamiento de que estaba penetrado este hombre santo, el qual conservaba el sosiego en su alma: *Si bona suscepimus de manu Dei, mala quare non sustineamus* (a)? Si recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no hemos de recibir los males con el mismo rendimiento? En pérdidas y en desgracias prevenido como Job para sufrirlas, dirá como él: *Dominus dedit, Dominus abstulit* (b). El Señor es quien me habia dado estos bienes, el Señor es quien me los ha quitado: nada me ha sucedido sino lo que ha querido él: sea bendito su nombre: *Sit nomen Domini benedictum*. ¡Dichoso estado, apoyo sólido y firme, y recurso contra las desgracias de la vida, que está á mano siempre, y nunca puede faltar!

Pues esto es lo que vuestro Salvador viene á enseñaros en este dia con un exemplo mucho mas eficaz para convenceros, y para hacer impresion en vuestros espiritus que el de Job. Esto os predicán el establo, el pesebre, y las faxas de este Dios niño: *Hoc nobis predicat stabulum, hoc clamat præsepe, hoc panni evangelizant*. El es quien os predica que los pobres de corazon son dichosos, y que aun en esta vida solos los pobres de corazon son dichosos, y solo ellos lo pueden ser: *Beati pauperes spiritu*; (c) que una parte pero esencial de nuestra bienaventuranza en la tierra es tener el corazon libre y despegado de la afición á los bienes de fortuna. No solo empieza á enseñar esta doctrina, sino á persuadirselá al mundo. Y en efecto, ape-

(a) Job 2. v. 10. (b) Ibid. 1. v. 21. (c) Math. 5. v. 3

nas se ha dexado ver con él con todas las señas de la pobreza de que está revestido, quando veo á los pobres, esto es á los pastores, que no solamente están sujetos y resignados, sino que alaban y glorifican á Dios en su estado: pobres que movidos de lo que han visto en Belén, vuelven de allí aunque pobres colmados de alegría; pobres contentos con su suerte, y sin envidiar á los ricos de Jerusalén, porque conocieron en la persona de este divino Infante la felicidad y las prerrogativas soberanas de la condicion de su pobreza: *Et reversi sunt pastores glorificantes, & laudantes Deum*. (a) Apenas se dexó ver en el establo, quando veo ricos (estos son los Magos) tan lejos de poner el corazon en las riquezas, que vienen á ponerlas á sus pies, adquieren en su presencia el mérito de despreciarlas, de renunciarlas y despojarse de ellas. Felices unos y otros, porque conformándose con este Dios pobre, hallaron el camino de la paz.

Pesebre adorable de mi Salvador, tú me haces hoy gustosa la pobreza que escogí; tú me descubres el tesoro que hay en ella; tú haces que la tenga por preciosa y digna de veneracion; tú haces que la estime mas que todos los adelantamientos y que toda la opulencia del mundo. Confundidme, Dios mio, si alguna vez se ausentaren de mi corazon estos sentimientos, que solamente son dignos de Vos, dignos de mi profesion, y tan necesarios en fin para mi quietud. Vos los habeis conservado en él hasta aquí, Señor, y Vos los conservaréis. Mas esta paz con nosotros mismos, aunque tan provechosa, no basta, si no la acompañamos con la paz con nuestro prójimo. Y esta es la tercera instruccion que debemos sacar del nacimiento de Jesu-Christo, como vereis en la última parte.

III. PARTE.
La paz con el prójimo es fruto de la caridad; y la caridad es el amor.
Tom. I. Adviento. Aa ri-

(a) Luc. 2. v. 20.

ridad, segun San Pablo, es el compendio de la ley Christiana. No hay que admirar que el mismo Apostol nos propusiese por una de las señales mas esenciales del espíritu Christiano el cuidado de conservar la paz con todos los hombres; pues es evidente que en el nombre de próximos están comprehendidos todos: *Si fieri potest, quod ex vobis est, cum omnibus hominibus pacem habentes.* (a) Si puede ser (decía San Pablo á los Romanos instruyéndoles y dándoles la idea de la ley Christiana) si puede ser, y en quanto pende de vosotros, vivid en paz con todo el mundo: ved ahí el espíritu de vuestra Religion, y por donde se ha de reconocer que sois discípulos de aquel que desde la cuna fue Príncipe y Dios de la paz.

Pondrémos bien estas palabras: *Si fieri potest*, si puede ser: sola la imposibilidad, dice San Juan Chrysóstomo, puede ser excusa legitima para disculparnos delante de Dios, quando no vivimos en una paz y union perfecta con nuestros hermanos; y qualquiera otra razon, fuera de una absoluta imposibilidad, es un vano pretexto con que nos lisonjemos, pero en el juicio de Dios solo servirá de confundirnos: *Quod ex vobis est*, en quanto pende de vosotros: de suerte que podamos protestarle sinceramente á Dios, y asegurarnos á nosotros mismos, que jamás ha consistido en nosotros, ni dependido de nosotros el no haber tenido con nuestros hermanos esta paz sólida fundada en la caridad: habiéndola deseado vivamente, habiéndola buscado sinceramente, habiéndola tenido siempre dispuesto el espíritu y el corazon á no perdonar trabajo por llegar á conseguirla. *Cum omnibus*: Paz con todos, sin exceptuar á nadie: excluir á uno solo nos hace transgresores, y nos sujeta á todos los castigos con que amenaza Dios á los que turban ó rompen la paz. Romper la paz con uno solo es para con Dios delito tan mortal, como lo es quebrantar un solo mandamiento. La paz con todos; si á uno solo exceptuamos, no nos sirve para la salvacion;

(a) Rom. 12. v. 18.

y este solo que exceptuamos se levantará el dia del juicio para pedir venganza contra nosotros: *Cum omnibus hominibus*; paz con todos los hombres, aun con los que mas se oponen á ella; y no la quieren, obligándolos con nuestro proceder á quererla, y conservando á exemplo de David un espíritu de paz con todos los enemigos de ella: *Cum his, qui oderunt pacem.* (a) Porque (como añade San Juan Chrysóstomo) vivir en paz con unas almas pacíficas, con unos espíritus sosegados, con unos genios tratables, apenas llegará á ser virtud de un Filosofo y de un pagano; y mucho menos debe pasar por virtud sobrenatural y Christiana. El mérito de la caridad (digámoslo mejor) la obligacion de la caridad es mantener la paz con los hombres mal acondicionados, enfadosos, coléricos; ¿por qué? Porque puede suceder, y en efecto sucede cada dia, que los mas violentos, los mas pesados, los de peor condicion, los mas molestos son cabalmente con los que estamos precisados á vivir, y nos es menos posible el separarnos de ellos, y con los que segun la disposicion de Dios estamos unidos con los vínculos mas indisolubles. Luego es necesario, dice este Santo Doctór, que para con esta suerte de genios tengamos un principio de paz sobre que se pueda establecer sólidamente la tranquilidad del trato que la caridad Christiana debe mantener entre ellos y nosotros.

¿Y qué principio es este? Una santa conformidad con Jesu-Christo en su nacimiento. Entremos en su corazon, tomemos los sentimientos que hay en él, procurémos ponernos en la misma disposicion en que él está, contemplemos su establo, y acerquémonos á su pesebre. Llenémonos de aquellas luces vivas que derrama en las almas, y sobre todo hagámonos bien capaces de dos cosas: la primera, este es un Dios que para mostrar á los hombres su caridad, empieza despojándose por ellos de todos sus intereses: la segunda, este es un Dios, que para ganarnos los corazones, nos previene (segun el lenguaje del Profe-

(a) Psalm. 119. v. 7.

ta) con todas las bendiciones de su dulzura, y llega á amarnos con tal ternura, que siendo Dios se viste de nuestra humanidad; (digámoslo mejor, y en un sentido mas ajustado á mi asunto) hasta hacerse personalmente por nosotros (como dice el Apóstol) la misma benignidad y humanidad: *Apparuit benignitas, & humanitas.* (a) Estos son los dos medios que nos pone á la vista para mantener una paz eterna con nuestros hermanos; desinterés, y mansedumbre. Despojémonos á favor de nuestros hermanos de ciertos intereses que nos dominan; seamos con ellos apacibles y humanos; con eso no habrá ya enemistades, no habrá discordias, habrá una paz inviolable é inalterable. ¿Qué dicha la mia, y qué interés el vuestro, si puedo al fin de mi Sermon persuadirlos estas dos obligaciones tan indispensables de la Religion que profesamos, y tan necesarias en todos los estados de la vida! Este asunto pide de nuevo toda vuestra atencion.

Un Dios es, digo, el que por su amor á nosotros, y para mostrar á los hombres su inmensa caridad se despoja de todos sus intereses: el que de Señor que era se hace obediente; de grande se hace pequeño, de rico se hace pobre: *Quoniam propter vos egenus factus est, cum esset dives.* (b) Y yo pretendo que este desinterés es el medio mas pronto y mas seguro para conciliar los corazones, y para unirnos á todos con una paz sólida y durable.

Porque, como discurre San Bernardo, pretender vivir en paz con nuestros hermanos, sin que nos cueste nada, sin querer sacrificar nada por ellos, sin ceder por ellos un punto, sin desacomodarnos por ellos, sin dexar algun derecho nuestro: lisonjearnos de que tenemos aquella caridad christiana, que es el vínculo de la paz, y despues de eso llevar tan por sus cabales nuestras pretensiones, ser tan zelosos en lo que toca á nuestros derechos, tan resueltos á no perdonar un punto de ellos, tan vivos en el punto de honra, tan amantes de nosotros mismos; eso, ama-

(a) Tit. 3. v. 4. (b) c. Corinth. 13. v. 9.

amados oyentes míos, es engañarnos, no es esto lo que nos enseñó el Dios de la paz. Para eso no era menester que él viniese al mundo, y nos sirviese de modelo: sin él teníamos sobrados exemplos de este amor interesado. Inútil cosa era que este Dios hecho hombre nos traxese un mandamiento nuevo: siempre los hombres se habian amado de esa suerte los unos á los otros, y esta que llamamos caridad era tan antigua como el mundo; mas tampoco habia vivido, ni podia vivir el mundo en paz con esta caridad imaginaria.

El interés, Christianos, causa vuestras divisiones. Echad á fuera la voluntad propia, decia San Bernardo, y no habrá infierno; y yo digo, desterrad del mundo el interés propio, ó por mejor decir la pasion del interés propio, y no habrá divisiones entre los hombres; no habrá quejas, pleytos ni discordias en los familias, no alteraciones en las Comunidades, no facciones en los Estados; con la caridad reynará la paz universalmente: reynará entre vosotros ese pariente, ese amigo, ese vecino, y ese concurrente. Desde que os resolvieris por él á renunciar este y aquel interés, que es el que ocasiona el enojo que tiene con vos, tendreis paz con él; y muchas veces tambien segun el mundo os valdrá mas la paz que tendreis con él, que el interés que se os ponía á pleyto, y vos renunciáis. Si nos desasimos de nuestros intereses, con nadie tendremos pleytos; con ninguno tendremos embarazos, con ninguno romperemos; y por consecuencia infalible gustaremos de las dulzuras del trato, y de todas las conveniencias de una caridad pura y sincera, á la manera de los primeros Christianos, no teniendo todos mas que un corazon y un alma, hallaremos en esta union mutua una bienaventuranza anticipada, y un principio de la felicidad eterna.

Pues á vista de Jesu-Christo ¿podemos tener otros sentimientos diferentes? Si somos Christianos, digo Christianos verdaderos, ¿hemos menester mas juez que á este Dios Salvador, ni mas tribunal que el pesebre en que nació, para terminar todas las diferencias que entre nosotros y nuestros hermanos se levantan? Un Christiano lleno de

las ideas que le inspira un misterio que tan eficazmente mueve ¿querrá apelar de este tribunal? ¿Tendrá repugnancia en poner el día de hoy todos sus intereses en las manos de un Dios que no viene al mundo sino para traerle la paz? Esto es, amados oyentes míos, lo que os pido en su nombre. Si vuestro hermano no es digno de este sacrificio que habeis de hacer de vuestros intereses, las mas veces muy ligero, Jesu-Christo le merece por él. Si las pretensiones de vuestro hermano son mal fundadas, y no juzgais que es razon que cedais á él, por lo menos es razon que cedais á Jesu-Christo. Lo que rehusais al uno dadse lo al otro; lo que no quereis conceder á vuestro hermano dadse lo á la caridad y á Jesu-Christo; con ese medio comprareis la paz, la comprareis á poca costa, y por ese camino la conservareis.

Pero quizá es otro el motivo de lo que pasa entre vos y vuestro próximo. Por ventura, fuera de todo interés, lo que os tiene reñido con él es una altivez que le ha ofendido, un ímpetu que le ha irritado, una palabra desapacible de que se siente picado, un género de asperezas de que se ha dado por sentido, un modo arrogante con que le habeis tratado. Si es así, no es menester mas para satisfacerle, que templaros para con él, darle algunas muestras de vuestra estimacion, cumplir con ciertos respetos que debeis tener con él, prevenirle en algunos obsequios, que infaliblemente le reducirán, y le estrecharán con vos.

No puedo, decís: siento en eso una repugnancia invencible; y jamás vendré en hacer tal cosa. Volved otra vez, volved, amado oyente mio, á entrar en el portal de Belén, vereis allí al Dios de la paz encarnado, ó por mejor decir, vereis allí en su persona encarnada la misma benignidad, humanada la misma grandeza de Dios: vereis allí un Dios que por llevaros á sí, no se desdénó de buscaros; que por una condescendencia de su amor toda divina tuvo como por gloria suya el prevenirnos. Si hubiéramos guardado que vos pecador, y enemigo suyo declarado, hubieseis sido el primero en volveros á él, ¿dónde estuvierais, y qué recurso os quedaba para la salvación? Des-

pues de eso á pesar del exemplo de vuestro Dios, haceis y tenéis atrevimiento de hacer punto de honra de no ser jamás el primero en buscar á vuestro hermano para que se reconcilie con vos, y para obligarle á que vuelva á vuestra amistad. No obstante la ley de la caridad, aún con haber sido vos el agresor, conservais perpetuos y escandalosos sentimientos contra él. No es esto trastornar todos los principios de la ley cristiana, y exponeros á horribilas maldiciones del Cielo?

Vereis allí un Dios que por ganaros os llena de las bendiciones de su dulzura; un Dios que para hacerse mas amable dexa todo el aparato de la Magestad, y se humana no solamente hasta parecer, sino hasta ser realmente hombre como vosotros; un Dios que en forma de niño llega hasta enternecerse por vuestra causa, y á llorar, no las miserias suyas sino las vuestras. Quiso nacer así, dice San Pedro Chrysólogo, porque quiso ser amado: *Sic nasci voluit, qui voluit amari*. Sentencia eficaz para mover, y digna de todas nuestras reflexiones. Así quiso nacer, porque quiso ser amado. Hubiera podido nacer, y dependia solamente de él nacer con la pompa y lucimiento de una magnificencia Real; pero naciendo de esta suerte solo consiguiera ser respetado, reverenciado, temido; y lo que pretendia era ser amado; pues para ser amado habia de abatirse hasta nosotros, habia de asemejarse á nosotros, habia de padecer como nosotros. Y este es el motivo de haber querido nacer en el estado de humildad y abatimiento en que este misterio nos le representa: *Sic nasci voluit, qui voluit amari*. Después de esto, Christianos, afectad un proceder desdénoso y altivo con los demás; tratadlos como á esclavos con imperio y dureza, y no como á hermanos con paciencia y dulzura; mostraos inflexibles á sus ruegos, insensibles en sus trabajos. ¿No es esto desmentir vuestra fé? No es violar los fueros de la humanidad? No acabará, si intentará descubrir todo lo que este punto incluye de doctrina.

Mas sea lo que fuere de eso, amados oyentes míos, esta es la paz divina y santa, que principalmente debemos de-

desear, y que á qualquier precio que se os venda no será demasiado cara. La paz con nuestros hermanos, y sin excepción la paz con todos los hombres: *Cum omnibus hominibus pacem habentes.*; Pero qual es nuestra ceguedad y la causa de nuestra confusion? Vedla aquí: quando Dios nos affige con el azote de la guerra le pedimos la paz; pero en el discurso de nuestra vida en nada ponemos menos cuidado que en solicitar la paz verdadera. Es decir, le pedimos á Dios una paz que no depende de nosotros, una paz que no está en nuestro poder, una paz que para concluir la no podemos nada; y no pensamos en procurarnos aquella que tenemos en nuestras manos, aquella de que somos árbitros nosotros mismos, aquella que nos ha encargado Dios, y de la qual quiere que le demos cuenta. Ofrecemos nuestros ruegos, para que las Potencias de la tierra se concierten entre sí para dar á el mundo una paz, que infinitas dificultades casi insuperables hacen á veces como imposible, y no queremos dar fin á las discordias finestas, cuyos autores somos, y las podíamos terminar facilmente; pero nuestra obstinacion las fomenta; y estas Potencias de la tierra tan dificultosas de reunirse, se concuerdan muchas veces con mas brevedad que nosotros entre nosotros mismos. Esta paz entre las Coronas, á pesar de los estorbos que se oponen á ella, se concluye muchas veces antes que un pleyto, que trae consigo la ruina y la desolacion de una familia entera. Ah! Señor, no fuera yo Ministro fiel de vuestra palabra, si en un dia tan solemne como este, en el qual los Angeles Embaxadores vuestros nos anunciaron y prometieron la paz, no os pidiera yo en nombre de todos mis oyentes esta paz tan deseada que debe pacificar á todo el mundo Christiano: esta paz de la qual depende la felicidad de tantas naciones; esta paz por la qual se interesa tanto, y con tanta razón vuestra Iglesia: esta paz que Vos solo podeis dar, y de hoy en adelante no puede ser sino obra de vuestra providencia milagrosa, y de vuestro absoluto poder. No tuviera como Ministro de vuestra palabra el zelo que debo tener, si á exemplo de vuestros Profetas no os dixera el dia de hoy: *Da*

pacem, Domine, sustinentibus te, ut Propheta tui fideles invenientur. Dad, Señor, la paz á vuestro pueblo, para que no se frustren los esfuerzos que hemos hecho á fin de empeñarle en aplacar vuestro enojo y alcanzarla. Dadle la paz, pues entre las felicidades humanas y temporales que puede esperar, la paz es la que nace de Vos mas inmediatamente, y la que mas puede contribuir para vuestra gloria. Pero aún faltará yo, Dios mio, mas gravemente á mi ministerio, si no os pidiera antes que esta paz, aunque es tan necesaria y tan importante para mí y para todos los que me oyen, la paz que nos ha de reconciliar con Vos, la que nos ha de reconciliar con nosotros mismos, la que nos ha de reconciliar con nuestros hermanos; la que nos ha de reconciliar con Vos con una penitencia generosa y santa; la que nos ha de reconciliar con nosotros mismos con un desasimiento verdadero, y una sincera humildad; la que nos ha de reconciliar con nuestros hermanos con un amor afectuoso y cordial.

Recojamos en dos palabras todo este misterio, y concluyamos. El Señor y el Dios de los Exércitos es el que viene al mundo para hacer reynar en él la paz, y quiere ser glorificado este dia como Rey pacifico en toda la redondez de la tierra: *Magnificatus est Rex pacificus super faciem universæ terræ.* Eso es, Señor, lo que la Iglesia canta en esta augusta solemnidad; esto es lo que nosotros celebramos. Modelo admirable para V. M. y se le propongo con tanta mas confianza, porque sé que es el que V. M. tiene delante de sus ojos, y con el que procura conformarse. Porque sin olvidar la santidad de mi ministerio, y sin temer ser acusado de darle á V. M. una falsa alabanza, debo como Predicador del Evangelio dar gracias al Cielo, quando veo en la persona de V. M. al mas victorioso de los Reyes, que pone el dia de hoy toda su gloria en ser reconocido por Rey pacifico, y distinguido como tal entre todos los Reyes del mundo. Debo en presencia de este Christiano auditorio ofrecerle á Dios solemnes acciones de gracias, quando veo en V. M. un Monarca victo-

rioso é invencible, cuyo zelo se emplea todo en la pacificación de la Europa, cuya aplicación toda es trabajar en ella, contribuir para que se logre con sus cuidados, cuya ambición toda es hacer que se efectúe; y de ese modo es en la tierra imagen visible del que por excelencia es á un mismo tiempo segun la Escritura el Dios de los Ejércitos, y el Dios de la paz.

Esta paz es obra propia de Dios, y ahora mas que nunca reconocemos que el mundo no puede darla; pero nuestra confianza, Señor, es que á pesar del mundo mismo, Dios se ha de servir de V. M., de su sabiduría, de su comprensión, de la rectitud de su corazón, de la grandeza de su alma, y de su desinterés para dar al mundo esta paz. Lo que nos consuela es, que V. M. siguiendo las reglas de su Religión no hace la guerra á los enemigos de su Estado sino para procurar con mas utilidad y mas gloria esta paz á sus vasallos. Lo que nos asegura es, que toda la mira de V. M. en sus acciones y conquistas se dirigen á este fin: que no gana batallas, que no toma plazas, y en fin que no triunfa de todo sino para llegar con mas seguridad y presteza al término de esta paz. En lo que nuestras esperanzas se apoyan, y aumentan al mismo tiempo nuestro respeto y amor á V. M., es que el amor que tiene á su pueblo le hará siempre en este punto atropellar con sus intereses propios, y que obligado de este motivo nada habrá que no sacrifique al bien de esta paz: que de este modo, como verdadero imitador del Dios de los Ejércitos y del Dios de la paz, tendrá V. M., Señor, despues de haber sido el Héroe del orbe Christiano, la gloria de ser tambien su pacificador. Porque esto pondrá el colmo á sus heroicos trabajos, esto coronará su reynado, esto dará la última perfección al destino glorioso de V. M.

Cumplid, Señor, mis deseos, ó por mejor decir, echad vuestra bendición á los intentos de este Rey pacífico y vencedor que tan bien sabe conformarse con los vuestros. Dadnos por su medio esta paz que el día de hoy nos prometéis por el ministerio de vuestros Angeles; y si fuere

verdad que estais aún irritado con los hombres, si los pecados de los hombres merecen aún los azotes de vuestra justicia, permitidme, Señor, que os haga la petición que os hizo David antiguamente, y que os diga como él con el mismo espíritu: *Dissipa gentes, que bella volunt* (a); destruid estas naciones obstinadas que quieren la guerra; trastornad sus designios, rompied sus alianzas, haced vanas sus empresas, confundid sus consejos. Sufridme que añada con el mismo Profeta: *Effunde iram tuam in gentes, que te non noverunt: & in regna, que nomen tuum non invocaverunt* (b). Si es preciso, mi Dios, que vuestra indignación se muestre, derramadla sobre las naciones que no os conocen, y sobre los reynos que no invocan vuestro nombre; es decir, sobre aquellas naciones donde la verdad de nuestra Religión no es conocida, y sobre aquellos reynos donde la heregia ha arruinado la pureza de vuestro culto. Mas con un efecto del todo contrario derramad vuestra misericordia sobre este reyno Christiano, en el qual sois invocado, servido y adorado en espíritu y verdad. Derramadla sobre el Monarca que me oye, y mas zeloso de vuestra gloria que de la suya pone el día de hoy á vuestros pies no solamente su cetro y corona, sino toda la gloria de sus conquistas, para haceros de ella un vasallage como al Dios de la paz: que por el bien de vuestra Iglesia antepone esta paz al aumento de su imperio, y que en medio de sus prosperidades y de los sucesos felices de sus ejércitos no rehusa ceder por ella de sus derechos. Con disposiciones tan santas, ¿qué no debe esperar de Vos, y qué efectos, ó por mejor decir, qué milagros de vuestra protección para con él no tenemos razon de prometernos? Este es el hombre de vuestra diestra; Señor, extended sobre él vuestra mano; animadle con vuestro espíritu, llenadle de vuestras luces, fortalecedle con vuestra gracia:

Bb 2

Fiat

(a) Psalm. 67. v. 32. (b) Psalm. 78. v. 6.

Fiat manus tua super virum dexteræ tuæ (a). Mientras Vos lo defendieréis, todas las Potencias del mundo, por mas unidas y conjuradas que estén, no prevalecerán contra él; y con vuestro divino favor no dudamos, Señor, conseguir esta paz saludable que os pedimos como uno de los frutos del nacimiento de nuestro adorable Salvador, y como un medio que nos ayudará á merecer la paz bienaventurada y eterna que gozan vuestros escogidos en la gloria, &c.

(a) Psalm. 79. v. 18.

(b) Psalm. 67. v. 36.

SER-

SERMON

PARA EL DIA DE TODOS SANTOS.

Sobre la Santidad.

Mirabilis Deus in Sanctis suis.

Dios es admirable en sus Santos. Ps. 67. v. 36.

SEÑOR.

AL considerar á Dios en sí mismo no podemos admirarle dentro de sí mismo, porque está demasiadamente elevado sobre nosotros, y demasiadamente grande. Como en la tierra no le conocemos sino en sus obras, tampoco (hablando propiamente) le consideramos admirable en la tierra sino en ellas. Pues la obra de Dios por excelencia son los Santos, y por consiguiente son principalmente los Santos donde nos parece Dios digno de nuestras admiraciones: *Mirabilis Deus in Sanctis suis*.

En efecto, de qualquiera suerte que miremos á los Santos Dios es admirable en ellos; y aunque no tuviera yo mas fiador de esta verdad, que solo el Evangelio de este día, ¿qué cosa mas admirable que haber llevado unos hombres á la posesion de un reyno por el camino de la pobreza? ¿Haber hecho que hallen el gozo y el consuelo por medio de los llantos y de la adversidad? ¿Haberlos levantado por medio de las humillaciones á la cumbre de la gloria; y valiéndome de la expresion de San Ambrosio, haberlos beatificado con las mismas miserias? Pues ved ahí las divinas paradojas (si me es licito usar de esta voz) cuya inteligencia nos dá el Espiritu Santo en esta solemnidad,